

Pentecostés B15—mayo 24, 2015
Salmos 104
Ezequiel 37:1-14
Hechos 2:1-18
Juan 15:26, 16:7-15
“Extravagante, Espíritu Ilimitado”

Hay algo de los picnics de la iglesia—en mi ver, en cuanto a las cosas de la iglesia, eso es lo mejor que puede pasar—y, especialmente, ¡cuando son espontáneos! Sabe, alguien dice, “Hay que reunirnos todos este domingo por la tarde. Todos traigan su propia cena—la iglesia traerá limonada. Rieguen la voz. ¡Será genial!”

Si usted es como yo, se le olvidará, y después, a último minuto, recordará y buscará algo para comer a las carreras.

Pero, lo único que puede encontrar en la refrigeradora es un pedazo de jamón seco y apenas suficiente mayonesa hasta el fondo de la jarra, y se embarra las manos tratando de sacarla. Y, dos pedazos tiesos de pan blanco para acompañar el jamón.

Y hace su sándwich de jamón, lo mete en una bolsita y se va. Después de unos juegos y conversación, es tiempo para comer. Se sienta al fondo de la mesa y saca el sándwich.

Pero los que están sentados al otro lado de la mesa—pues, a ellos no se les olvidó hasta el último minuto. Para nada. Lo planearon toda la semana y cocinaron toda la tarde. Han traído pollo empanizado, ensalada de papa, huevos rellenos, panecillos...y dos pasteles/tortas grandes, hechos en casa, de chocolate y merengue de limón.

Eso lo que ellos ponen en la mesa—mientras usted se sienta ahí con su sándwich de jamón. Le miran y dicen, “¿Por qué no lo juntamos todo?” “No, no podría hacer eso, ni lo pensaría,” susurra, avergonzado, con un ojo en el pollo empanizado y el otro en la torta de chocolate. “Vamos,” insisten. “Hay suficiente pollo, suficiente torta, suficiente de todo. Más que suficiente. Y, nos encantan los sándwiches de jamón. Hay que juntarlo todo.”

Y usted lo hace. Y se queda ahí sentado, comiendo como realeza cuando había llegado como un indigente.

Según Lucas, (recuerde lo del domingo pasado) lo último que Jesús dice a sus seguidores, antes de su ascensión, es: “*Pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.*” Y eso es lo que hacen—riegan la voz, y se aseguran de que todos sepan el lugar y las instrucciones. Y se reúnen en casa de alguien—y, juntos, esperan.

No está en el texto, pero sospecho que, mientras el mandato de Jesús a “*quedarse en la ciudad*” se vuelve en una espera de dos semanas y media, más de unos pocos de ellos comienzan a preguntarse que hacen ahí. Claro, será genial, el poder ha sido prometido—pero algunos de ellos sólo han traído sándwiches de jamón consigo: Pedro está en la negación y culpabilidad...Tomas, duda...Santiago y Juan, arrogancia y ambición. Todo es una vergüenza. Sospecho que comenzaron a preguntarse: “Cuando llegue el Espíritu, ¿cuánto recibiré? Quizás nada—quizás

me quedaré a la orilla de la mesa mirando a los demás recibir todo el poder, banqueteándose toda la gloria.”

Y, después, sucede. Sin advertencia, los pasadores de las puertas comienzan a volar y las ventanas cerradas comienzan a estallarse con un golpe. Un sonido como de un huracán llena, dice Lucas (escuche bien) **toda** la casa. Después, algo como fuego fue asentándose sobre **cada uno** de ellos. Y después el Espíritu Santo entra, llenando a **todos** reunidos ahí. Eso es lo que dice Lucas, estas son las palabras que usa—“*toda la casa...sobre cada uno de ellos...fueron todos llenos.*”

Parece que Lucas quiere que sepamos que el Espíritu no escoge ni discrimina ese día—no, cuando ella (digo “ella” porque en el hebreo, Espíritu, *Ruach*, es femenino), cuando ella viene, viene a todos. Nadie se queda afuera—ni una persona, ni los que se sentían indignos y desprevenidos. Aunque todos hayan llegado con poco, todos en ese grupo de cansados y temerosos alimentan la plenitud del Espíritu.

Ahora, si piensa que todo esto es maravilloso, espere—todavía no ha escuchado lo mejor de todo. Cuando la gente de la calle, gente de todas partes del mundo que han venido a Jerusalén para la celebración de Pentecostés, cuando escuchan la bulla corren a ver qué pasa.

“¿Todos están bien?” preguntan. Y mientras los discípulos y otros tratan de decirles que lo están, que todo es el hecho del Espíritu de Dios—esta gente viene de todos lados—Partéanos, Medos, Elamitas, Capadocios, Romanos, Egipcios, Árabes, y más—para su asombro, escuchan a los Galileos hablar en su propia idioma. “Parece ser que,” dice alguien de Roma, “aquel Galileo está hablando de un Jesús en latín—tiene algo de acento, pero estoy seguro que es latín!”

Me parece extraordinario que se nos es dicho que cuando el Espíritu vino, no sólo vino a todos en la casa, sino a todos los que estaban en la calle también—nadie se queda afuera, todos escuchan las buenas nuevas de Jesús en su propio idioma.

Sabe, intentamos limitar el Evangelio a un idioma—nuestro idioma—palabras entendidas y significantes para nosotros, norteamericanos, de media clase, vestidos profesionalmente, con movilidad ascendente, privilegiados, religiosos. Pero, una y otra vez, el Espíritu habla en otras lenguas—el dialecto del pobre, del diferente, del desposeído, del marginado, del excluido, del arrinconado, del evitado.

El Espíritu habla la lengua de los cuerpos quebrantados y almas heridas, de homosexuales y transexuales, de hombres temerosos, de mujeres abusadas y silenciadas y niños abandonados. El Evangelio es escuchado en todo el mundo y tomado por los ignorados, los que han sido echados al lado. Mientras nosotros en el Oeste cerramos los oídos a las Buenas Nuevas, el Reino crece a pasos agigantados entre los pobres y olvidados, gente de piel morena, negra y amarilla.

Hace poco leí una reseña de un libro escrito por el profesor de estudios religiosos en Yale, Lamin Sanneh, uno convertido al cristianismo del islam. La reseña citó Sanneh describiendo los primeros misioneros cristianos intentando prohibir tambores y entusiasmo de los servicios africanos en la alabanza cristiana—y, su fracaso: “Las (ideas) del Oeste sobre la alabanza como

actividad formal sin expresión en la cual el cuerpo es apuntalado en un estado casi de rigidez cadavérica contradecía todo instinto y reflejo de la vida africana.” Y, después, Sanneh dice: “Una cobija mojada no puede amortiguar un tambor.”

Me gusta—me encanta—el Espíritu se rehúsa a ser amordazado. Todavía nos hace falta aprender eso. En todo este mundo, susurra y grita palabras que la gente puede entender, palabras que hablan al corazón humano, palabras de la verdad que traen aceptación y esperanza, paz, liberación y alegría, dignidad y propósito. ¿Qué sucedería si la Iglesia hiciera eso hoy día—hablar la lengua de otros? Creo que lo sé, pero Lucas nos dice que ese día más de tres mil escuchan y creen.

De regreso al texto—después de que *todos* en la casa reciben el Espíritu, y *todos* en la calle escuchan el Espíritu, se nos es dicho que *todo* es cambiado por el Espíritu.

Continúe leyendo en Hechos y verá que, cuando menos se de cuenta, a donde el Espíritu sopla, todas las barreras usuales entre personas comienzan a derrumbarse. Tanto los ricos como los pobres, y gente de diferentes naciones comienzan a sentarse y compartir sus cenas. Mujeres y niñas y esclavos se levantan a predicar como si fuese normal. Ancianos y jóvenes comparten relatos de Jesús—y se ríen de alegría. Cubren la ciudad entera, y salen a los pueblos vecinos para encontrar a los que aún no han escuchado las Buenas Nuevas—¡todos quieren ser los primeros en contarlas!

¡Es maravilloso! Están tan unidos en su cariño que se les es fácil vender sus posesiones para ayudar al necesitado. Se sienten tan vivos, tan llenos de alegría, tan energéticos que las personas piensan que están embriagados con un vino nuevo.

Están embriagados, no sólo del Beaujolais Nouveau, sino también del nuevo vino del Evangelio. Es más de lo que esperaban, más de lo que se les había prometido, más de lo que han soñado. Es como si hubiesen llegado con un pedazo de jamón pero después sido alimentados un banquete. Reciben algo tan inmerecido, tan increíblemente amable y generoso que les llena, les transforma.

Por supuesto, conforme pasó el tiempo las cosas cambiaron—pronto, estatutos y constituciones y libros de orden fueron escritos, y reglas sobre quien puede y no puede ser predicador oficial de la verdad de Dios. Pronto los comités se formaron y algunos se repartieron en grupos exclusivos y facciones para forzar sus ideas en otros. Pronto construyeron santuarios y catedrales y centros de alabanza con puertas para excluir a los indeseables. Pronto hacen listas de pecados y diferencias que pueden usar para descalificar a ciertas personas de pensar que también podrían ser parte de la familia.

Pero por un tiempo, todo es tan nuevo, todos están tan emocionados de ser incluidos que no saben que hacer más que invitar a todos los que conocen y ven para ir a la fiesta, para acompañarlos a la mesa como parte del pueblo alegre de Dios.

¡Esa es la iglesia que el Espíritu creó en Pentecostés! Eso es lo que quiero que seamos. Eso es lo que necesito ser parte de.

Editor del *Siglo Cristiano (Christian Century)*, John Buchanan, cuenta de un miembro de su congregación previa que murió de SIDA. Dice:

Glen...venia a la iglesia cada domingo que podía. Cerca del final, estaba en hospicio. Le visité. Hablamos y oramos y le pregunté qué era lo más difícil de toda su situación. Dijo, “lo peor es en la noche cuando todos los visitantes se han ido y apagan las luces y hay silencio y estoy sólo con mis pensamientos y con lo que me está pasando. Se me hace difícil dormir. ¿Sabes que hago? Saco mi radio; me pongo los audífonos, y pongo un casete de un servicio de alabanza—tengo como cien de ellos. Y escucho el servicio entero. Hay veces que me duermo durante tu sermón...pero apuesto que no soy el único que lo hace,” me dice con una risa. Y, “Así es como,” dice, “me duermo todas las noches—aquí en mi cama, con mi iglesia.”

¿Quién necesita la iglesia? Este mundo la necesita. Yo sé que la necesito. Y, sospecho que usted también.

Necesitamos este lugar. Quizás no necesito decirle que muchas veces todos llegamos tan sólo con un pedazo de jamón y pan tieso. Pero aquí, entre el grupo, y con el Espíritu soplándonos, recibimos mucho más de lo que merecemos; pero la mayoría de veces llegamos como indigentes, banqueteamos como la realeza—y, le agradecemos a Dios por ello.

Pero, “¿Sucederá otra vez—Pentecostés, es decir...otra vez?” Sólo puedo decir que, nunca se sabe. Lo que el Espíritu hará después es difícil de predecir.

Así que, continuemos orando: orando por Pentecostés; orando por el Espíritu; orando por poder; orando que estemos listos cuando el Espíritu venga a llenarnos, orando que estemos listos cuando venga a darnos todo lo que necesitamos, darnos todo lo que hemos deseado, darnos todo lo que Dios tiene.

Amen.